

Fuego y lluvia

Peter tenía un secreto incómodo: bajo su abrigo ocultaba un transistor de radio que había encontrado junto a la carretera. Sabía que ni su madre ni Suzanne, su mejor amiga, hubiesen admitido que rompiera las rígidas costumbres de su comunidad. No en vano, los maestros bíblicos predicaban que un buen *amish* nunca escucha las noticias del mundo pecador, tampoco la música; por eso ningún hermano tenía en su casa radio ni televisor.

Pero Peter, a diferencia de los otros chicos de su edad, desde que llegó a la adolescencia no comprendía aquellas rígidas barreras que les separaban de la sociedad. A menudo discutía con diferentes autoridades de la comunidad, intentando comprender el verdadero sentido a las creencias que su familia le había impuesto. Por ello, no estaba dispuesto a renunciar a su tesoro.

Caminó hasta los límites de la última granja amish y, desde allí, contempló la ciudad que se asomaba a lo lejos, mientras repetía en su cabeza:

<<Algún día conseguiré salir de aquí>>

Miró hacia todos los lados para asegurarse de que nadie le había seguido. Entonces sacó el transistor, lo observó con asombro y comenzó a toquetear todos sus botones y a girar sus ruedas hasta que produjo un sonido. Una voz extraña salía por la rejilla del altavoz. Después fue una música. Sobresaltado, dio un brinco. Necesitaba asimilar lo que estaba viviendo.

Desde entonces, por las tardes se encerraba en el granero para escuchar la radio. Había descubierto un programa musical que le embelesaba.

Tomaba las máximas medidas de precaución, pero aún así, una sombra lo venía espiando, un cuerpo se acurrucaba entre la paja cada vez que sintonizaba la profunda voz de James Taylor al ritmo de "*Fire and Rain*", cuya melodía provocaba un eco mágico en el silencio del granero.

Poco después, mientras mantenía una animada conversación con Suzanne, ésta se puso repentinamente seria.

-Peter, hemos sido amigos desde pequeños-comenzó, titubeante.

El chico tenía asumido que su amiga quería hablarle de futuro juntos, de el esperado noviazgo que sus padres ansiaban. Pero Suzanne no quería hablarle de su futuro, lo que sorprendió a Peter.

-Creía que nos lo contábamos todo...-continuó ella-. Pero hace tiempo que te vigilo por las tardes, cuando estás en el granero y... -su expresión se hizo angustiada-. Escucho canciones Peter, canciones con música -enrojeció como si acabara de pronunciar algo perverso-. Esa maldita radio... -rompió a llorar.

-Vamos, Suzanne -se llevó el dedo índice a los labios y cogió la radio de su escondrijo. La encendió y al oír el sonido procedente de la radio ella se asustó y retrocedió unos pasos.

-Peter no puedes hacer eso. Sabes tan bien como yo que la tecnología es un invento del diablo que puede llevarte al mal.

-¡Y tú sabes tan bien como yo que no comparto esas supersticiones!-dijo él.- Suzanne, no he hecho nada malo; solamente escucho un puñado de canciones, sin voluntad de ofender a nadie.-Hizo una pausa, intentando no perder los estribos.-Comprendo que no lo apruebes, pero no puedes negar que yo no pertenezco aquí. Tal vez no te guste lo que te estoy diciendo, pero siento que he dejado de tener mi lugar en la comunidad. Se quedaron los dos mirándose, la tensión reinaba en el ambiente.

Ella aunque sabía que tenía razón fue sorprendida por la frialdad en el tono de voz de su amigo.

-Suzanne, desde pequeños no me he imaginado la vida si no es a tu lado. ¿Acaso no opinas lo mismo que yo?

Ella giró el rostro, Peter sabía la respuesta a su pregunta. Entonces él se armó de valor e hizo lo que durante años había deseado hacer. Se acercó cuidadosamente cerrando los ojos, dispuesto a besarla. Pero, sin esperarlo, recibió un guantazo.
-¡Te odio!- gritó ella.
El chico se llevó la mano a la cara, confundido. Observó cómo su amiga echaba a correr.

Tras el pasado incidente Peter sabía que le quedaba poco tiempo hasta que todo el pueblo supiera lo que había hecho, así que cogió todas sus cosas y dejó una nota de despedida para su amiga sobre su cama. Después de hacer todo lo pendiente se enbaucó en una nueva vida despidiéndose de todo lo que antes consideraba querido.

Apenas un año más tarde, Peter estaba matriculado en una facultad de periodismo y había comenzado su vida de cero.

Escuchar música en la radio se había convertido en una parte fundamental de su día a día. Solía dormirse con el transistor de fondo. Una noche, mientras preparaba la cena, se sobresaltó con el mensaje que promulgó un locutor:

—Tenemos con nosotros a una chica muy especial —dijo aquel hombre. Peter subió el volumen-. Tan especial como que forma parte de la comunidad *amish*. Su nombre es Suzanne y tiene un mensaje importante.

Peter palideció, como si acabara de ver a un fantasma. No podía ser su Suzanne, era imposible.

—Gracias —escuchó la voz de Suzanne. En efecto, se trataba de su vieja amiga.- Tengo un mensaje para un amigo de la infancia, un chico al que estuve unida en el pasado... -se quedó un momento en silencio-. Peter, sé que estás ahí porque este es tu programa favorito. Actué como una estúpida, nunca podré perdonarme lo que hice... Te quiero.

Tras aquella declaración, los responsables del programa pincharon la canción que lo cambió todo, "*Fire and Rain*", lo que sorprendió al chico, ya que jamás esperaría que su amiga aún se acordara de la canción.

La última frase de la canción no paraba de retumbar en su mente: "*But I always thought that I'd see you again*" ("*Pero siempre pensé que te vería otra vez*")

Peter se dio cuenta por el mensaje de Suzanne que ella también se había marchado de la comunidad, y que le estaba buscando.